

truidos y firmes en la fé, arreglados en las costumbres y llenos de piedad y de virtud. Efectivamente, en aquella porcion degradada, y poco menos que embrutecida del género humano, llegó á formar modelos de todo género de virtudes, y presentó ejemplos capaces de confundir á los europeos mas instruidos. Lo mas prodigioso es, que á aquellos hombres, cuyo solo aspecto casi hace dudar de su origen, que se valen de los buenos tratamientos y de los beneficios contra sus mismos bienhechores, y que se cree que solo hacen caso del rigor y de los golpes, les inspiró agradecimiento, veneracion, una confianza y un cariño filial. ¡Hé ahí lo que puede obrar la gracia y solo la gracia en unos corazones que apenas son susceptibles de las impresiones de la razon y del sentido humano.

Pero ¡qué trabajo tan improbo, qué paciencia tan admirable no se necesitó para que se arraigasen estos frutos de salvacion en una tierra tan ingrata! ¡Qué dificultades no tendria que vencer aquel laborioso pastor para dar las primeras nociones de nuestros divinos misterios á unos hombres torpes y de cortísimos alcances, que solo pueden formar idea de lo que les entra por los sentidos! Aun para las cosas sensibles y mas sencillas, como para enseñarlos á persignarse, era necesario repetirselo á uno solo hasta diez, quince y veinte veces. Pasaba Claver al siguiente, y era necesario volver á empezar como si nada hubiese dicho. Así proseguia de unos en otros, casi siempre con el mismo trabajo, y siempre con la misma paciencia y afabilidad, y aun haciendo muchas caricias á los que mostraban alguna aplicacion, por poca que fuese. Después de esto era necesario cultivar las primeras semillas de religion que habia sembrado en sus almas. Todos los dias iba á visitarlos á sus alojamientos, les repetia la instruccion de la víspera y los preparaba para la del dia siguiente. Los dias de fiesta iba él mismo á buscarlos para oír misa, y los llevaba á la iglesia, don-

de tenia ya preparados bancos y esteras para preservarlos de la humedad. Pero todo lo que hacia para instruirlos, no equivalia á lo que le costaba el disponerlos como es necesario para los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Cuando se acercaba alguna festividad, cuidaba de advertirselo y de escitar en sus corazones todos los buenos sentimientos que les habia inspirado. El dia de la festividad se ponía en el confesonario á las tres de la mañana, y se estaba allí hasta la última misa, la que solia él decirles, teniendo á mucho honor ser el capellan de los miembros de Jesucristo mas despreciables segun el mundo. En presentándose algun negro no admitia á ningun otro penitente, y si algunas señoras, llenas de confianza en aquel santo director, se mezclaban entre la muchedumbre, las decia que no las seria difícil hallar otros confesores, pero que las pobres negras no tenian otro que á él. Si se empeñaban en que las oyese, tenian que esperar á que acabasen todos los negros.

Consagrándose de este modo al servicio de estos, nada omitia para contenerlos en los límites de sus obligaciones y para que nunca se olvidasen de ellas. Iba á cualquier parte en donde le parecia que podria encontrarlos, y á todos les daba algun consejo acomodado á las circunstancias. Si veia que se apartaban de la decencia propia del cristianismo, les hablaba con un imperio que al momento los obligaba á ceder. La autoridad que habia adquirido sobre ellos, y el amor que le profesaban, los movian á obedecer sin trabajo y sin réplica. Su presencia sola era un freno capaz de contener y de corregir á los indóciles. Aun los mas viciosos se arrodillaban para pedirle la bendicion siempre que le encontraban, y hubo blasfemos que cuando estaban mas enfurecidos se echaban á sus pies y besaban la tierra en que él pisaba.

Solo usaba de severidad en las ocasiones en que era indispensable. Era temido, porque era amado y merecia serlo. Se sabia que an-

helaba únicamente por la felicidad de sus queridos negros, ó á lo menos por disminuir el peso de sus trabajos. Iba de continuo á consolarlos en sus aficciones, y recorría, en medio de los ardores del sol, las habitaciones campestres mas distantes. Los socorria en todas sus necesidades, y cuando estaban enfermos les llevaba, no solo remedios, sino tambien los alimentos que sabia serles mas agradables. Muchas veces se estaba horas enteras en las plazas y calles para recoger limosnas y varias provisiones, las cuales ponía en un cesto y cargaba con él como si fuese el último de los esclavos. Si hallaba algunos que temiesen ser castigados por sus amos, con motivo de haber causado alguna pérdida por su negligencia ó de otro modo, iba corriendo á pedir perdon con las mas vivas instancias, y si por un efecto de avaricia no querian concederle los amos, buscaba limosnas por todas partes para indemnizarles de la pérdida. Si sabia que á otros se les trataba con una severidad bárbara, buscaba á los amos, y no perdonaba reconvencciones, súplicas ni promesas para escitarlos á la compasion. Lo mismo hacia si al pasar por las calles oía los gritos lamentables de aquellos á quienes se castigaba. A los que estaban presos ó atados con un grillete, los visitaba con frecuencia, y sabiendo que estaban destituidos de todo auxilio, les llevaba cuanto creia que era á propósito para consolarlos, sin olvidarse del tabaco, que es la cosa á que tienen mas aficion. Tomaba parte en sus diversiones cuando eran inocentes, y pasaba con los infelices presos horas enteras ocupado en mitigar sus penas, y en hacer que les fuesen provechosas para la eternidad. Con sus discursos, acompañados de todo género de buenos oficios, impidió que muchos de ellos se quitasen la vida, á cuyo atentado están muy dispuestos. Cuando duraba mucho tiempo la prision, se trasladaba á casa de sus amos, y los rogaba por Jesucristo, que murió por todos

los hombres, que no precipitasen á aquellos infelices en la desesperacion y en el infierno. Les prometia, y en cierto modo se constituia fiador de que en lo sucesivo no tendrían motivo para quejarse de ellos; y para evitar aquellos infelices que quedase desairada la palabra dada por su Padre, procuraban reparar sus faltas con la mayor esactitud y diligencia.

Todos los trabajos ocasionados por el comercio de negros, de los cuales llegaban algunos navíos todas las semanas y aun frecuentemente muchos dias de seguida, no eran suficientes para el celo de este Apóstol. Sin perderlos jamás de vista, y dedicado siempre con particular esmero á su salvacion, hallaba todavía tiempo para acudir á las cárceles públicas; al hospital en que estaban las personas que padecian las crueles y horrorosas enfermedades, causadas en aquellas regiones por un libertinaje desenfrenado, y al lazareto de los leprosos, que son tambien muy comunes en aquel clima (1). Habiendo visto lo que hacia con los negros, no nos causarán ninguna estrañeza los actos de caridad heroica que ejercia en los hospitales. Entre los enfermos habia uno tan desfigurado, tan podrido y tan inficionado, que no pudiendo tolerar los demás el hedor que exhalaba, ni aun tenerle á la vista, se le habia puesto en un cuarto separado. Fué á buscarle el P. Claver, y después de saludarle con tierno afecto, se sentó tan inmediato á él, que casi tenia apoyada la cara sobre un brazo del enfermo. Como este arrojaba un pus asqueroso le suplicó él mismo al Santo que se alejase un poco; pero el siervo de Dios le respondió con alegría que no estaba incomodado; le besó devotamente las úlceras, y permaneció dos horas en la misma postura para consolarle é inspirarle sentimientos cristianos. Continuó visitándole todos los dias durante mucho tiempo; le predijo que se restableceria perfectamente, y le encargó que en lo

(1) Vid. del P. Claver 1. 3.

sucesivo se abstuviese de pecar. Curó en efecto, lo que no pudo suceder sino mediante un milagro, segun la persuasion en que estaban todos los que le habian visto, y tuvo despues una vida tan arreglada como antes habia sido disoluta.

En el lazareto, ó en el hospital de los leprosos, fué principalmente donde el P. Claver halló un campo proporcionado al heroismo de su caridad. No se veian allí mas que cadáveres vivos, cuyas carnes estaban de ordinario consumidas hasta los huesos. Con la violencia del mal se les caian á unos las narices ó las orejas, la mitad de la cara, un brazo ó una pierna, y otros estaban cubiertos de cánceres ó apostemas que causaban horror y exhalaban una fetidez intolerable. En aquella triste mansion estaban casi tan abandonadas las almas como los cuerpos. No se decia mas que una misa rezada los dias de fiesta, y esto con mucha precipitacion, para huir del aire contagioso que allí se respiraba. Si acudia algun sacerdote celoso á asistir á los moribundos, no podia pasar de los dos ó tres primeros, y se veia obligado á retirarse prontamente. Este campo, mirado con tanta aversion por los demas operarios, fué el lugar en que mas se complacia nuestro incomparable misionero; y consagraba con preferencia á los leprosos los dias que entre sus hermanos de hábito estaban destinados al recreo, porque entonces tenia mas despacio y mas libertad. Tambien tenia gusto en privarse de la comida, que en tales dias solia ser algo mejor, y en llevársela á los que estaban mas enfermos.

Luego que llegaba reunia á los que todavía podian andar; se ponía de rodillas en medio de ellos, rezaba algunas oraciones que repetian á coro, les dirigia alguna instruccion, y despues se sentaba en un piedra para confesarlos. Cuando hacia algo de frío, los arropaba con su capa, y hacia que se apoyasen en sus rodillas los que no podian estar cómodamente de otro modo, esto es, aquellos que tenian ulcerados todos los miembros, y

cuyo solo aspecto inspiraba horror. Desde allí pasaba á los cuartos separados, donde se encerraba á los que por la infeccion de sus úlceras inveteradas eran insoportables aun á los demas leprosos. Allí les daba de comer por sí mismo; les llevaba la comida á la boca cuando habian perdido el uso de los brazos, y si veia que alguno estaba mas desganado, comia con él en el mismo plato para escitarle el apetito. Limpiaba á los que no podian hacerlo por sí mismos; les curaba las úlceras; las tocaba con mas complacencia que si anduviese entre perlas ó flores; las besaba con ternura, y el P. Claver hizo mas de mil veces, hacia todos los dias, y cien veces al dia, lo que se admira en algunos Santos que se determinaron á aplicar una vez los lábios á las úlceras, con cuyo aspecto se habian sentido removidos. Para limpiar bien aquellas úlceras horribles aplicaba á ellas la boca y la lengua despues de haber quitado la inmundicia que tenian en los bordes, y de este modo sacaba todo lo que podia retardar su curacion.

Y no se crea que procedia esto de una grosería que le fuese genial, pues era de una de las casas mas ilustres de Cataluña, y se habia criado con la delicadeza que se acostumbra entre esta clase de gentes. Dotado de un talento poco comun, de pensamientos elevados, de gran facilidad para el estudio y de mucha instruccion, hubiera podido aspirar á las dignidades mas sublimes. Por consiguiente, su inclinacion á la humildad y á aquella mortificacion prodigiosa, y en cierto modo contraria á la naturaleza, no fué efecto de su índole, sino enteramente obra de la gracia. Para manifestarlo permitió el cielo que un dia experimentase la naturaleza lo que en medio de unos ejercicios tan penosos podian por sí solas sus propias fuerzas. Habiendo llamado al Padre un comerciante para que confesase á uno de sus negros, halló al enfermo tendido en un rincón, adonde le habian echado para que no inficionase á los demas. Estaba tan cubierto de pus

y de podredumbre, que mas bien parecia un cadáver ya corrompido que un hombre vivo. El comerciante y otros cuatro españoles acompañaron hasta cierta distancia al confesor para ver los efectos de su caridad singular, de la cual habian oido hablar. Al mirar aquel objeto espantoso se sintió horrorizado el misionero, y su primer movimiento fué volverse atrás; pero en el mismo instante, avergonzado de su cobardia, se fué á un lugar retirado, se dió una fuerte disciplina, volvió despues adonde estaba el enfermo, se acercó á él de rodillas, le besó las úlceras una por una, deteniéndose en las mas asquerosas, le confesó y se estuvo con él un largo rato para consolarle.

No hay que preguntar si los penitentes de tal confesor abrazaban las máximas que les inspiraba. No habia corazones tan endurecidos, ni pecadores tan desesperados que se resistiesen á la eficacia de sus palabras. Habian puesto en el lazareto á un hombre que padecía un mal extraordinario y enteramente desconocido. Parecia que se le iban á saltar los ojos; se le ponian rígidos todos los miembros con una violencia espantosa, y mas bien parecia un demoniaco que un enfermo. Fueron inútiles cuantos remedios naturales y sobrenaturales se hicieron. Si le hablaban de confesion respondia con injurias, y si le presentaban un Crucifijo volvia la cabeza como desesperado. Presentóse el Padre, y apenas dijo algunas palabras, cuando el enfermo, tan manso como un cordero, pidió los sacramentos; los recibió con grandes muestras de arrepentimiento, y perseveró hasta el último instante de su vida en las disposiciones de una alma sólidamente convertida.

Había en el mismo parage un enfermo inquieto, agitado, taciturno, abismado en un humor hipocondriaco y que no queria que le hablasen de confesion ni de Religion. Era un fraile apóstata, que, despues de haber desempeñado con honor las mejores cátedras, se habia abandonado á un libertinage escésivo, continuando

en él por espacio de muchos años. Entre todas las conversiones era esta sin duda una de las mas difíciles; pero á nuestro santo confesor no le costó mas trabajo que las otras. El apóstata se convirtió en un penitente tan contrito, tan animoso y humilde, que en todas partes se acusaba públicamente de haber sido el hombre mas perverso, añadiendo que solo un santo podia haberle sacado del infierno. No fué este el único pecador obstinado á quien perdonó Dios por el ministerio del apóstol de los negros. Hubo otros muchos que, despues de cinco, siete y diez años de apostasia, y de todos los delitos que arrastra este consigo, no pudiendo resistirse á la fuerza y unción de sus palabras, volvieron á entrar penitentes en los claustros, donde fueron luego modelos de regularidad y de fervor.

Lo mismo sucedió con los malhechores condenados al último suplicio y los mas opuestos á la confesion y á todas las señales de la religion, con los hombres mas endurecidos, con los hereges holandeses é ingleses que iban prisioneros á Cartagena de Indias, con los mahometanos, con los infieles, y con los blasfemos mas impios. Cuando los demas sacerdotes de la ciudad no habian podido convertirlos, se acudia al P. Claver, el cual se prestaba á todo: le acompañaban siempre la gracia y el buen éxito, y consumaba por sí solo lo que todos los demas juntos no habian hecho mas que bosquejar. No bastaban para la inmensidad de su celo los trabajos que le ofrecia la ciudad. Los mismos prodigios obraba en las misiones de la campiña, trabajando sin interrupcion, no comiendo casi nunca durante el dia, y volviendo de noche á casa se contentaba con un pedazo de pan de maiz, con algunas patatas asadas, ó con un poco de galleta, diciendo que estos alimentos eran los mejores para su estómago. Requiriéndose á su cuarto despues de estas fatigas se daba una fuerte disciplina; pasaba tres ó cuatro horas en oracion, y dormia un rato en el suelo ó encima de unas tablas envuelto en su manteo.

Se le atribuyen muchos milagros, predicciones de los sucesos mas extraordinarios, todo género de curaciones, y resurrecciones de muertos tan justificadas que se insertaron en la causa de su beatificación. Pero sin duda el mayor de todos sus prodigios fué el de su mortificación; y como este no es menos incontestable, por mas que parezca increíble, hace que todos los demas se tengan al menos por verosímiles. ¡Cuántas cosas podríamos decir todavía de una vida que fué un tegido de toda clase de maravillas! Pero tememos interrumpir demasiado la relacion de los hechos que son de interés general para la Iglesia, si es que puede decirse que la hemos interrumpido presentando un objeto de edificación, el cual no es menos honroso al Evangelio que sus triunfos mas brillantes (a).

Tres meses despues de la muerte del Papa Inocencio X, le sucedió, á 7 de abril de 1655, con el nombre de Alejandro VII, el cardenal Fabio Chigi, natural de Sena, y descendiente de una casa ilustre de aquella ciudad. Tuvo á su favor los votos de todos los conclayistas, excepto el del cardenal Rosetti, que le aborrecia de muerte. Jamás hubo Sumo Pontífice que recibiese con mayor modestia la adoracion del Sacro Colegio. Lejos de manifestar alegría, al subir á la Cátedra del Principe de los Apóstoles, se mostró afligido y derramó sinceras lágrimas. Miraba solamente el peso de la brillante

(a) El P. Pedro Claver, ya beato, nació en Verdú (Cataluña), siendo bautizado el 26 de junio de 1580, según aparece de la partida de bautismo que se conserva en el archivo parroquial de Verdú. Para completar la reseña que de los hechos y virtudes de Claver hace nuestro historiador, añadiremos que nuestro Santísimo Padre Pio IX, felizmente reinante, declaró en 27 de agosto de 1848 «que constaba de dos milagros del tercer género, obrados por Dios á la invocacion del auxilio del V. Pedro Claver;» en 26 de mayo de 1850 declaró Su Santidad que «con toda seguridad se podia proceder á la beatificación» de dicho venerable; y en efecto, habiendo firmado ya Su Santidad Pio IX en 16 del mes de julio del mismo año las Letras apostólicas en forma de Breve para la formal beatificación, celebróse al fin esta el dia de San Mateo Apóstol, á 21 de setiembre de 1851, con todas las formalidades acostumbradas.

(N. del E.)

carga que se le imponia; y el resplandor de la tiara, aunque tan deslumbrador, no le ofreció mas que espinas. Sometióse, sin embargo, aunque con temblor á la voluntad de Dios que le llamaba á gobernar su Iglesia.

En el primer año de este Pontificado abjuró la reina Cristina de Suecia el luteranismo en Inspruck, adonde pasaba para ir á Roma, y volvió á abrazar públicamente la antigua Religion de sus padres. Nunca se habia creído en su reino que estuviere muy adicta á la creencia vulgar. En efecto, esta princesa tenia demasiada penetracion para que dejase de descubrir el vicio radical de la reforma que un pueblo, juguete de la ignorancia y de la seducción, habia abrazado sin mas fundamento ni autoridad que la palabra de un fraile apóstata. Aunque ya tenia veintiocho años cuando abjuró el error, quiso manifestar al público que le habia renunciado desde que tuvo uso de razon. Asi hizo que lo publicase Baile, para reparar la imprudencia que habia cometido este autor, suponiendo que era un resto de protestantismo una carta escrita por la reina acerca del rigor con que Luis XIV trató á los hugonotes (1). Dificil es conciliar un testimonio tan auténtico con la certificacion citada por Baillet, en que se dice que la Providencia se habia valido del filósofo Descartes y de su amigo Chanut para dar á Cristina las primeras luces, que se perfeccionaron despues con la gracia y la misericordia divina. Por el contrario, asegura Baile (2) que esta princesa manifestó desde luego su designio al jesuita Macedo que acompañaba al embajador de Portugal en Suecia: que le envió despues á Roma con una carta para el general de la Compañía, á quien pedia dos jesuitas italianos, á fin de que la instruyesen en ciertos puntos que la causaban todavía alguna dificultad, y que en efecto los PP. Malinas y Casate acabaron lo que habia principiado Macedo.

(1) *Notic. de la republ. de las Let. Ener. 1687*

(2) *Diccion, art. Macedo.*

Antes de su abjuracion habia abdicado Cristina la corona á favor de su primo Carlos Gustavo, conde palatino de Dos-Puentes, y biznieta del gran Gustavo Vasa. Despues hizo muchos viages por Flandes, Francia, Alemania é Italia; volvió á presentarse en Suecia, y por último se fijó hasta su muerte en la capital del mundo cristiano. Siempre se mostró muger de una capacidad poco comun; amante de los sabios, deseosa de adquirir conocimientos científicos, é instruida, á lo menos superficialmente, en todo lo que se sabia hasta entonces. Pero tambien se mostró desigual en su conducta, singular en sus inclinaciones y aun en su modo de vestir: afectaba los modales de los hombres; acusaba á la naturaleza de que se habia equivocado al formarla muger, y con esto la justificaba al mismo tiempo que procuraba desmentirla. Es enteramente inútil para nuestro objeto examinar si incurrió Cristina en las flaquezas de su sexo, pues se sabe que la Religion no decide siempre de las costumbres, y que no todo católico sincero es siempre perfecto cristiano.

Mientras que la luz de la fé triunfaba en el alma de Cristina de los errores groseros del Norte, la secta aun mas absurda de los preadmitas iba formándose en el seno de la nacion mas cristiana é ilustrada. Alegando Isaac de La-Peyrere, natural de Burdeos, algunas palabras de la carta de San Pablo á los romanos, trató de probar (1655) que hubo dos creaciones de hombres: la primera al principio del mundo, cuando Dios, según aquel visionario, crió á un mismo tiempo en todas las partes del mundo hombres y mugeres, de donde procedieron los gentiles; y la otra mucho despues, cuando crió Dios á Adan para que fuese el padre de su pueblo particular ó del pueblo judaico. El principal fundamento en que pretendia apoyarse aquel dogmatizador era este pasaje mal interpretado: *Antes de la ley, existia el pecado en el mundo; pero no se imputaba el pecado, porque no habia ley.* Pretendia que

estas palabras no podian entenderse de la ley de Moisés, supuesto que nos asegura la Historia Sagrada que el delito de Cain, el de los sodomitas y otros muchos, fueron castigados en aquellos primeros tiempos, y que asi debian entenderse de una ley dada á Adan; de donde inferia que antes de Adan habia hombres á quienes no se imputaban los pecados. Como estas necias especulaciones interesaban poco á las pasiones humanas, no hicieron grandes progresos; y el mismo La-Peyrere, á los dos años de haberlas publicado, las abjuró á los pies de Alejandro VII.

No sucedió así con las visiones de Jorge Fox, que abandonado en Inglaterra al espíritu de cisma y de delirio, dió origen por el mismo tiempo á la secta insensata de los cuáqueros ó tembladores, los cuales le calificaron de apóstol de primer orden y de glorioso instrumento en las manos de Dios. Este artesano, de la aldea de Dreton, en el pais de Leicester, no sabia otro oficio que el de zapatero y se habia vestido de cuero desde los pies á la cabeza. Habiendo comparecido en Darbi ante los jueces, les predicó tan energicamente acerca de la necesidad de *temblar* en la presencia de Dios, que el consistorio que le hacia el interrogatorio exclamó que se las habia con un *quaker*, vocablo que en inglés significa *temblador*, y desde entonces se dió ese nombre á la secta. Destituido Fox de todo talento para las ciencias, sin siquiera saber hablar bien su lengua nativa, y siendo juguete de su imaginacion desarreglada y de su humor melancólico, salió diciendo que le habia suscitado el cielo para reformar el género humano. Anunciaba con ademanes y tono de profeta que todos los hombres habian abandonado los caminos de Dios y atentado contra la sana doctrina y las buenas costumbres. La singularidad de este hombre produjo un concurso numeroso, y entre unos pueblos que no tenian ninguna idea fija en materia de religion no tardó el iluminado en hallarse con bastantes prosélitos para formar

una secta. Animado con tan felices principios, y tratando ya solamente de consolidarlos, hizo que se mirasen sus delirios como revelaciones, sus convulsiones como raptos estáticos, y publicó curaciones milagrosas que decia habian sido efecto de sus oraciones.

Siguiendo su ejemplo todos aquellos fanáticos, se creian órganos del espíritu de Dios, y de en medio de sus juntas, cuyos ritos se reducian á un triste silencio esperando la efusion del Espíritu Santo, se levantaba un hombre, una muger ó un niño para anunciar las ordenes del cielo, y eran oidas con respeto. Margarita Fell, esposa de Fox, fué uno de los personajes mas célebres de la secta por sus predicaciones. Estos predicadores de todo sexo y de todas clases y oficios, entraban con insolencia en los templos donde interrumpiendo á los predicantes ordinarios publicaban una doctrina contraria y alborotaban al pueblo contra los ministros; hubo algunos que corrian por las calles y por las plazas públicas vestidos con trages ridiculos, afectando una voz lúgubre, dando á las veces gritos y alaridos espantosos, desacreditando á los magistrados y pronosticando la próxima ruina del reino. Se contentaba el gobierno con mandar que se los prendiese y encerrase como á maniáticos, y los ponía en libertad cuando daban palabra de moderarse en lo sucesivo. Sin embargo, mandó que fuese azotado como blasfemo uno de ellos llamado Taylor, pues habia tenido la impiedad de permitir que el populacho que iba en pos de él le calificase de rey de Israel, de sol de justicia, de hijo único de Dios, y que al entrar en Bristol, le saliese á su encuentro gritando: *Hossanna, hijo de David.*

Este partido fanático hizo sin embargo unos progresos considerables, porque no solo le adoptó la plebe ignorante, sino tambien muchas personas bien acomodadas, de ilustre nacimiento y de una instruccion mas que regular. Guillermo Penn, entre otros, hijo de un vice-almirante de Inglaterra, y mucho mas

distinguido por su talento que por la nobleza de su familia, abrazó la secta, la protegió con ardor y alcanzó, á favor de ella, la tolerancia que no habia podido conseguir hasta entonces. A este fin publicó muchos escritos en que insistia fuertemente en el dogma de la tolerancia universal, la cual no tenia ya limites entre los súbditos de los Estados británicos, sino con respecto á la Religion de sus padres. Fué un poderoso motivo de seduccion la incorruptible probidad que afectaban aquellos sectarios; el espíritu de concordia y de fraternidad que hacia comunes todos sus bienes; la sencillez de sus modales, de sus mesas y de sus vestidos. Eran notables hasta por la severidad del semblante y por la gravedad y lentitud de sus discursos, con la que pretendian mostrar el horror que tenian, no solo á la mentira, sino á cualquier palabra dicha con menos reflexion. El uso del juramento estaba absolutamente prohibido entre ellos, y condenaban en general toda guerra como un furor mas propio de las bestias feroces que de unas criaturas racionales.

Querian que todas las cosas fuesen comunes entre los hombres; que un hombre no pudiese tener autoridad sobre otro; que á nadie se diese el nombre de amo ó de señor; que para saludar no se quitase nadie el sombrero; que se tutease á todo el mundo, y no se usase de ningun título de honor. Asi es que habiendo Guillermo Penn regresado de diferentes viages por Francia é Irlanda á casa de su padre el vice-almirante, en vez de arrodillarse ante él y pedirle su bendicion, segun costumbre de los ingleses, se le presentó con el sombrero encasquetado en la cabeza y le dijo: «Amigo, me alegro mucho de verte bueno.» El padre creyó al pronto que su hijo se habia vuelto loco; mas muy luego conoció que era *cuáquero*. Hizo los mayores esfuerzos para que fuese á ver al rey y al duque de Yorck con el sombrero debajo del brazo y que no les tutease; pero Penn contestaba que su conciencia

no se lo permitia. De los cuáqueros, cuya doctrina tanto han ponderado en odio de la de la Iglesia los filósofos modernos y especialmente Voltaire, es de quienes ha venido la costumbre tan ridicula como indecorosa de que los hijos tuteen á sus padres. En cuanto á la fé, desechaban todas las oraciones públicas, todo culto esterno, todos los sacramentos, y seguian los principios ó la práctica de los anabaptistas con respecto al bautismo. Sostenian que el alma es una parte ó porcion de Dios; que Jesucristo no tiene otro cuerpo que el cuerpo místico ó la Iglesia; que somos justificados por nuestra propia justicia, y que no hay que esperar otra vida ni otra gloria que las de este mundo. Llegó el fanatismo de algunos de ellos á darse el nombre de Cristo y de Dios; otros se decian semejantes á Dios, como animados sustancialmente del mismo espíritu que Dios. Todos pretendian que cada cual tiene dentro de sí mismo suficientes luces para entender la Escritura y dirigirse por los caminos de Dios. Por solo este rasgo se vé con evidencia que esta nueva secta de anabaptistas debe su origen, del mismo modo que la primera, á la desgraciada reforma, en la cual el sentido particular es el intérprete de los libros sagrados y el árbitro supremo de la Religion. La apologia de los cuáqueros hecha por Barclay prueba únicamente las variaciones y contradicciones de las creencias que tienen por guia este sentido particular. Para confusion del entendimiento humano se han propagado hasta nuestros tiempos estos sectarios estravagantes, y hay muchos en Holanda, en Inglaterra y aun el Nuevo-Mundo, especialmente en Pensilvania. Sabido es, dice Feller, que un escritor muy famoso comparó con la secta de los cuáqueros el cristianismo naciente; y tan extraño paralelo podria hacer sospechar que él mismo estaba animado de disposiciones muy favorables al cuaquerismo. Cuando la secta de los cuáqueros haya subyugado á los filósofos y á los reyes; cuando haya destruido todas las de-

mas religiones y esto en un siglo tan ilustrado como lo fué el de Augusto; cuando por espacio de XVIII siglos haya obtenido la aprobacion de todos los grandes talentos y de todos los hombres de bien, entonces podrá tener en su favor un gran argumento. A los que saben apreciar las posibilidades y presentir el porvenir toca pronunciar si el fanatismo de los *tembladores* alcanzará jamás semejante triunfo.

Los novadores de Francia, mas circunspectos en su modo de proceder, caminaban en derechura al fin que se habian propuesto, esto es, á la ruina de la tradicion, y por consiguiente de casi toda la fé cristiana. A esto se dirigian dos cartas publicadas entonces por el doctor Arnaldo para persuadir que la infalibilidad de la Iglesia no se extendia al sentido de los autores de que pretendia juzgar: dos documentos capitales en la historia del jansenismo, y tan famosos como lo fueron antiguamente los Tres Capítulos en la historia de los nestorianos. Habiendo llegado Arnaldo á la edad de cerca de cuarenta años, y hallándose revestido de toda la autoridad de un jefe de partido, permanecia no obstante en silencio, aunque habian pasado como unos dos años desde que Inocencio X espidió su constitucion; ó á lo menos no sonaba su nombre en las obras publicadas para librar del anatema el libro de Jansenio. Por último rompió el silencio, ó dejó el incógnito, publicando una carta, de que se confesaba autor, la cual iba dirigida á una persona ilustre, con motivo de haberse negado la absolucion al duque de Liancourt en la parroquia de San Sulpicio. El confesor, que se llamaba Picoté, habia creido que no podia portarse de otro modo, aun con respecto á aquel penitente distinguido, á no ser que diese pruebas de una sumision sincera á las últimas decisiones de la Iglesia y pusiese fin al escándalo de sus intimas relaciones con los refractarios sacando su nieta de Port-Royal, despidiendo al abad de Bourzeis que estaba todavia en el partido, y rompiendo todo trato con los jansenistas. De aquí tomó